

[Trabajo publicado en *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, n° 8, 2011, pp. 107-120]

## **Wolf, el lobo. Observaciones y propuestas sobre la relación entre producción académica y divulgación histórica**

Gabriel Di Meglio (UBA-Conicet)

### **1. Una relación tensa**

A partir de los años 80 se configuró en Argentina un campo académico historiográfico caracterizado por la normalización universitaria, el retorno de historiadores exiliados por la Dictadura, la libertad temática, el crecimiento de las publicaciones especializadas y el triunfo de la “reprofesionalización” disciplinar que privilegiaba un abordaje metodológico riguroso, el uso variado de documentos, la explicitación del aparato erudito en los textos y una búsqueda de distancia crítica con el objeto de estudio, todos elementos que homologaban a la historiografía argentina con otras del planeta. El resultado fue un relanzamiento de las investigaciones, caracterizado no sólo por la ruptura metodológica con las etapas historiográficas previas sino también por una discusión con lo afirmado en ellas y por una despolitización paulatina (lo cual también alejó al grueso de la historiografía de un rasgo clave de sus antecesoras locales). La consolidación de este sistema académico –varias veces jaqueado económicamente– se dio en los últimos años con la creación de nuevas universidades públicas y privadas en todo el país, el aumento de recursos disponibles (los proyectos de la Agencia, por caso) y el crecimiento del CONICET. Aunque amenazado por consecuencias de su propio éxito como la hiperespecialización, el mundo académico es hoy bastante sólido y su producción es amplia y variada. En lo referente a historia argentina, el área que más espacio ocupa en la producción académica, muchos temas clásicos han sido revisados a fondo y han dado lugar a interpretaciones novedosas, al tiempo que se han indagado cuestiones antes inexistentes para el campo historiográfico.

En forma paralela se fue redefiniendo otro campo con una genealogía propia, no institucionalizado y centrado en algunas figuras individuales de mucho peso, de Félix Luna a Felipe Pigna: la divulgación histórica. Su relación con el mundo académico ha sido a menudo de mutua desconfianza y en la última década llegó a momentos de tensión. Pero en general esto ha ocurrido a distancia; ambas esferas han tenido pocos cruces. Los principales divulgadores suelen leer poco y nada los textos académicos actuales –es evidente en los argumentos de los hoy más destacados, como Pigna, Pacho O’Donnell, Hernán Brienza y Daniel Balmaceda– mientras que el grueso de los historiadores de las universidades y otros centros de investigación no ha mostrado demasiada preocupación por la divulgación.

Hay sin embargo importantes excepciones. Ema Cibotti fue pionera en hacer divulgación desde la academia con participaciones televisivas, su programa de radio y libros como *Sin espejismos. Versiones, rumores y controversias de la historia argentina*

(2004); Luis Alberto Romero interviene asiduamente en la prensa, publicó el que supongo el libro de mayor circulación surgido de la academia actual, *Breve historia contemporánea de la Argentina* (1994), y coordinó en 2009-2010 una colección de historia argentina por décadas en Clarín. Han existido asimismo esfuerzos colectivos como la *Nueva Historia Argentina* que Editorial Sudamericana empezó a publicar en 1998, la *Historia Visual* de Clarín de 1999 y las más recientes *Claves para Todos* (que se vende en kioscos de diarios y en la que muchos títulos son de historia) y *Nudos de la Historia*. La tradicional revista *Todo es Historia* empezó hace años, asimismo, a incorporar textos de historiadores académicos en tono accesible para muchos. Los programas de televisión de Diego Valenzuela y el programa de radio porteño *Soltando Pájaros* también son puentes entre ambos mundos. Otras experiencias recientes, como en Mendoza las presentaciones radiales acerca de la historia universal de los “movimientos sociales” del colectivo *La hidra de mil cabezas* o el reví-póster sobre el Cordobazo del colectivo *Historia Vulgar* ocupan un lugar destacado en la divulgación que abreva en la producción académica. Para el Bicentenario, algunos historiadores académicos realizamos un video con un resumen de los aportes recientes sobre el período independentista para divulgación: *Dos siglos después. Los caminos de la Revolución* (el programa se emitió en televisión por canal Encuentro). Todas estas intervenciones abordan la divulgación de maneras diversas, que no tengo espacio para tratar aquí; sólo las consigno para marcar la existencia de un acercamiento creciente de sectores de la Academia hacia el terreno de la Divulgación.

Podría pensarse otra división, por ejemplo en términos ideológicos, que no implicara como polos a la Academia y la Divulgación. Es indudable que hay más coincidencias en posiciones políticas entre ciertos divulgadores y ciertos académicos que hacia adentro de ambos campos, pero esa no es la cuestión central aquí. El problema es la forma. Historiadores académicos de izquierda, centro y derecha hacen exactamente lo mismo en cuanto a la metodología; basta ver cualquier revista, libro o acta de congreso de Historia. Las reglas profesionales adoptadas desde los 80 son el criterio legitimante de la producción y constituyen pautas laborales fundamentales. Y más allá de que estos requisitos estructurales son determinantes y a veces se percibe aquí y allá alguna incomodidad, no ha existido –hasta donde tengo registro– una propuesta alternativa sistemática contra ellos. No hay, por decirlo de algún modo, un desafío radical a la forma de hacer historia. De allí que sea posible tomar a la producción académica como un todo.

Son muchos los que piensan –pensamos– que es necesario establecer vínculos más fluidos entre un campo y otro, que es indispensable transmitir a la sociedad los aportes historiográficos que suelen quedar en publicaciones especializadas y en reuniones disciplinares. Eso se beneficiaría de un debate sobre cómo hacerlo, quizás un método.<sup>1</sup> Alguien podría decir –lo he escuchado– que toda la producción historiográfica debería ser accesible para la sociedad, pero eso es difícil, fundamentalmente porque

---

<sup>1</sup> *Historia Vulgar* publicó en 2008 una de las pocas miradas existentes sobre qué y cómo divulgar, con una perspectiva militante: *En boca de todos. Apuntes para divulgar historia* (puede consultarse en <http://divulgarhistoria.blogspot.com/>). Hay observaciones interesantes sobre el tema de la divulgación en Pablo Semán, Silvina Merenson y Gabriel Noel, “Historia de masas. Política y educación en Argentina”, *Clio y Asociados. La historia enseñada*, n° 13, 2009.

algunas discusiones historiográficas no pueden sino ser complejas, implican una terminología que no es de uso general y pasos metodológicos que suelen no atraer un interés masivo. Por lo tanto, es válido y necesario que exista una producción académica que circule en ámbitos específicos, profesionales. Además los condicionantes editoriales y mediáticos para la divulgación suelen ser diferentes a los requisitos académicos. El desafío es, de todos modos, que las conclusiones del ámbito académico se saquen de allí y se las adapte para la divulgación. Lo que sigue son algunas reflexiones en tono de ensayo y realizadas a partir de la práctica sobre cómo establecer un nexo. Se trata de ideas, quiero aclararlo bien, que no parten de una investigación sistemática sino de algunas experiencias de divulgación en las que he participado en la última década, siendo un historiador del mundo académico.<sup>2</sup>

## 2. Adaptaciones

Un primer punto general es de difícil aplicación, pero no imposible: sería deseable que las carreras de historia incorporaran a la divulgación como una tercera propuesta profesional. Todas se centran en formar investigadores y profesores o ambas cosas, pero la divulgación, aunque su salida laboral no esté institucionalizada, puede ser una orientación, porque además ganaría mucho con una preparación específica, aunque sea pequeña, sobre cómo llevarla a cabo. Eso tendría la ventaja de valorizar dentro de la academia la figura del divulgador y su tarea. Incluso a largo plazo es posible pensar en una producción grupal de historia que combine investigación y divulgación. Es cierto que a un historiador puede gustarle investigar y divulgar –es mi caso– pero también hay quien quiere dedicarse sólo a una u a otra rama, el tema es cómo ligarlas. Una producción en equipo puede resolver eso y a la vez ser un antídoto contra el creciente mal de la extrema especialización de la disciplina. No es sencillo por cuestiones institucionales, pero es posible pensarlo como un proyecto a futuro.

Al volcarse a la divulgación es importante tener en cuenta los determinantes materiales: cómo son los espacios en los que se va a divulgar, cómo se puede –más que cómo se quiere– trabajar en ellos, las condiciones en formato y tiempo de cada medio (editorial, prensa, televisión, radio, internet, documental audiovisual, exposición, calle). Por decir una obviedad, en la televisión es muy difícil incluir algo así como un estado de la cuestión o una cita de autoría. Además, dentro de cada tipo de medio hay diferencias: no es lo mismo lo que es posible hacer en un canal como Encuentro que en un canal de aire. Otro tema central a considerar es a qué público se quiere dirigir el discurso; en mi opinión lo deseable es que sea lo más amplio posible.

De acuerdo a estos límites propongo algunos puntos de adaptación para la producción académica. Primero, es fundamental la síntesis. Generalmente hay poco espacio y tiempo, lo cual es muy evidente en la radio y la televisión pero también en un escrito, en particular para la prensa o la web; sólo los libros parecen ser la excepción,

---

<sup>2</sup> Principalmente me ocupé desde 1999 y durante algunos años de diseñar y guiar recorridos culturales por Buenos Aires como miembro de *Eternautas. Viajes históricos*, y desde 2006 he participado como contenidista y conductor de diferentes ciclos televisivos de historia en Canal Encuentro.

pero en textos de divulgación también las editoriales presionan a favor de la brevedad, porque un precio más bajo genera más ventas. Sintetizar obliga a saltar cuestiones constitutivas de la academia, como los debates historiográficos, pero no implica necesariamente realizar simplificaciones extremas: una buena divulgación tendría que reflejar la complejidad en pocas palabras.

Al mismo tiempo, creo que divulgar requiere no tomar nada por conocido. Si hablando de algún tema se menciona un acontecimiento como la Guerra Civil Española no habría que dar por sentado que todos saben de qué se trata, porque no es así, y seguramente convendría explicar algo a continuación, del estilo “un conflicto iniciado en 1936 cuando un sector del ejército español, dirigido por Francisco Franco, realizó un golpe de Estado contra el gobierno de izquierda de la república española”. Sin una referencia de este tipo es probable que muchos se queden afuera del relato. Es cierto, alguna gente que sí conoce perfectamente de qué va la Guerra Civil puede molestarse, pero he ahí una apuesta: desde mi posición es mejor arriesgarse a eso e intentar llegar a la mayor cantidad de gente posible (por supuesto, reitero, ello está condicionado por el medio en el cual se realice la actividad de divulgación).

Algo similar ocurre con el lenguaje que se emplea. En este sentido es útil tener en cuenta a figuras como el gran escritor paraguayo Robin Wood, autor de numerosos clásicos de la historieta argentina. En su serie *Wolf* –un príncipe sajón criado por una loba que enfrentaba las invasiones danesas a Inglaterra en el siglo IX– añadía en cada capítulo al mencionar al protagonista, Wolf, la aclaración “el lobo” (es decir “Lobo, el lobo”).<sup>3</sup> Wood era conciente de que sus historias en editorial Columba tenían un consumo popular muy alto y de que la mayoría de sus lectores no entendía inglés, por lo cual esa traducción era indispensable. Eso puede aplicarse a términos como *laissez faire*, *know how*, *sine qua non*, *ad hoc*, *ipso facto* o *sic*, que son de uso habitual en la academia, pero el problema no es sólo idiomático ni mucho menos. Cuando presenté el texto de uno de los primeros programas que hice en Encuentro, sobre la Revolución de Mayo, escribí “retroversión de la soberanía” y me señalaron acertadamente que pocos iban a entender qué quería decir. Pensar en quién puede ser el receptor, aunque sea imposible establecerlo con certeza, me parece clave. Términos corrientes entre los académicos, como *estructural* o *hegemonía*, son incomprensibles para mucha gente; creo conveniente explicarlos o reemplazarlos para conseguir una divulgación eficaz, que logre interpelar.<sup>4</sup> Ello puede tener hipotéticamente un efecto positivo luego para el

---

<sup>3</sup> “Wolf”, con dibujos de Jorge Zaffino, apareció en la revista *Fantasia* entre 1980 y 1991 y se volvió a publicar en *El Tony* durante los 90. Hubo una recopilación en dos tomos de los primeros 20 episodios en el año 2000, en la Colección Clásicos de Editorial Columba.

<sup>4</sup> Permítaseme otro ejemplo personal, no ligado a la producción historiográfica pero ilustrativo. Viajando en un colectivo en 2009 leí en un cartel de un partido político, creo que el PO, “que la crisis la paguen los capitalistas”; en el mismo trayecto escuché a una mujer decirle a otra que el problema con los porteños es que son “demasiado capitalistas”, porque “solamente les importa lo que pasa en la ciudad” (esto es más o menos textual). Es decir, estaba usando capitalista como “capitalino”. Puede ser un ejemplo aislado, un error personal –aunque su interlocutora no la corrigió– pero es evidente que la señora no iba a entender el cartel de la manera que sus redactores querían. Tal vez si hubiera dicho “los empresarios”, “los patrones” o “los ricos” no hubiese dado lugar a confusión. Por supuesto, muchas personas de distinta condición social conocen el significado de capitalista, pero los otros términos recortarían menos el espectro de receptores. De eso se trata, de hasta dónde se procura llegar.

propio trabajo académico, dado que obliga a repensar el vocabulario que se emplea en él. Cuando utilizamos palabras como *etnogénesis*, *transculturación*, *agency* o *intertextualidad*, por citar algunas al azar, solemos ser concientes de su complejidad y de su origen. Sin embargo, otros términos, como *prácticas*, *representaciones*, *canon*, *capital simbólico –o político–*, *discurso*, *campo* –en el sentido en que en este trabajo he usado campo historiográfico– y algunos más se utilizan como parte de la jerga cotidiana de la disciplina, con poca problematización (es interesante notar de paso que está más “naturalizada” la terminología procedente del mundo intelectual francés, que sigue así teniendo una presencia muy destacada en el argentino).

Otro elemento inherente a la divulgación también puede repercutir beneficiosamente en el mundo académico: la mirada amplia. Es posible divulgar como especialista, pero es claro que aunque uno se presente como experto en historia del peronismo o de la independencia para buena parte de los no involucrados en la actividad historiográfica es un historiador, a secas, y eso presupone la capacidad de decir algo aunque sea muy general sobre una gran cantidad de temas y también de poder establecer vínculos con el presente, que suele ser una preocupación central en los consumidores –lectores, espectadores, oyentes– de divulgación histórica. Y está bien que sea así, porque fuerza a los académicos a mirar más allá de su tema, a actualizarse mínimamente en cuestiones a las que no se dedican y a afrontar al difícil pero saludable desafío de contestar preguntas grandes.

Evitar el anacronismo y recuperar la historicidad me parece tan arduo como importante. Contextualizar es clave, incluso para el vocabulario. Por caso, si se estudia la Revolución de Mayo se encuentran documentos que hablan de “independencia” pero al hacerlo están refiriéndose a lo que hoy entendemos por “autonomía”. Cuando buscaban consignar lo que hoy llamamos independencia política hablaban de “independencia absoluta”; la adjetivación no es ociosa, siempre señala algo. De ahí que sea importante comunicar que el lenguaje cambia, que los significados de las palabras se transforman y que sin percatarse de eso no se comprende en absoluto lo observado.<sup>5</sup> Esto puede aplicarse también a cierta terminología que se usa para analizar el pasado. Es frecuente hablar de que aquí o allá no había “realmente” una república o un “verdadero” liberalismo, juzgando desde definiciones de diccionario que también son productos históricos y no “Teoría” casi de origen divino. Considero muy deseable que los académicos ayuden a quienes no lo son a pensar históricamente, transmitiendo que los contemporáneos, los protagonistas que estudiamos, no sabían cómo iban a terminar los sucesos en los que estaban actuando, explicitando cómo veían ellos su realidad y advirtiendo que no nos conviene estudiar la historia solamente para ver cómo se llegó a un resultado, aunque ello sea fundamental, sino que hay otros aspectos del pasado que no llegan al hoy y también fueron muy relevantes.

Asimismo, creo que es indispensable buscar el extrañamiento, la idea de los momentos del pasado como realidades diferentes a la actualidad, lo cual varía de acuerdo a qué período se analice. Si no se hace se corre el riesgo de que quien reciba el

---

<sup>5</sup> Para ello es muy útil la lectura de textos de historia conceptual, como Reinhart Kosellek, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993 o James Tully, *Meaning and Context. Quentin Skinner and his Critics*, Princeton University Press, 1998.

relato lo considere sólo como una proyección hacia atrás de su presente. Es más fácil imaginar el Egipto de Kheops, claramente alejado en tiempo y espacio, que el propio lugar en el que uno vive 100 o 200 años atrás, pese a que hayan existido tantos cambios en el medio. Proponer pensar el pasado como un territorio extraño y diferente puede resultar útil para entenderlo. Por caso, al pensar en el mundo rural de la región pampeana colonial hay que recordar el tiempo que llevaba hacer distancias que hoy se cruzan velozmente, que no había alambrados ni molinos ni árboles, que las vacas eran escuálidas y tenían grandes cuernos, que la mayoría del territorio era controlado por los indígenas independientes; es decir, que tenía muy poco que ver con la región que conocemos en la actualidad.

Hay otros dos puntos que la producción académica ha impuesto dentro su propio dominio pero han salido poco de él a los que tomo como premisas para la divulgación: combatir el esencialismo nacional y las claves explicativas elitistas. La idea de que la nación es una construcción goza de amplio consenso historiográfico, pero no es tan así por fuera de él. Sin embargo, a mi juicio es crucial que esté presente para historizar y para quitar las aristas nacionalistas más duras. Claro que eso obliga también a los académicos a no tomar a la nación por algo “falso”. Como una casa, una nación se construye, pero por eso mismo existe.<sup>6</sup> El otro aspecto, la mirada elitista, prima repetidas veces –en especial entre muchos periodistas– como clave explicativa principal. Es aquella que al historizar lo ocurrido en diciembre de 2001 enfatiza más las supuestas maquinaciones de los dirigentes bonaerenses para explicar el estallido que el malestar social. Sin negar la importancia de posibles complots, éstos han existido en muchos momentos sin dar lugar a fenómenos tan disruptivos como los de ese fin de año. El problema es que mucha gente está convencida de que lo que importa, lo que determina, es la acción de unos pocos conspiradores, lo que remite al clásico lugar central de los grandes hombres en la explicación histórica. En mi opinión, desarmar esa mirada es clave.

Finalmente, la divulgación requiere generar cierta atracción. Al no estar institucionalizada ni contar con públicos “cautivos” como ocurre con la enseñanza, la divulgación histórica compite, por ejemplo con otras ofertas de contenidos en los medios. Si se transmite un argumento aburrido o se emplea una forma monótona es probable que muchos no elijan prestarle atención. Este es uno de los aspectos más dificultosos para los historiadores y tal vez contribuya a superarlo la cooperación, trabajar con gente que provenga de otros ámbitos y tenga otras ideas. De nuevo, el medio condiciona mucho la elección. Entiendo que si se busca una divulgación audiovisual de cualquier tipo la tarea no puede ser sino en equipo, con personas que sepan emplear ese lenguaje y realizar un producto, y probablemente el resultado final ganará en efectividad con esa colaboración.

---

<sup>6</sup> Para una discusión actual sobre el problema de la nación desde Argentina puede verse Alejandro Grimson, *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.

### 3. Diálogos

Por supuesto, creo que la divulgación hecha desde la academia no debería renunciar a premisas básicas que van a diferenciar sus resultados de otros tipos de divulgación realmente existentes, como la rigurosidad en la información y la existencia de un aparato erudito muchas veces no explicitado pero presente en la elaboración de los contenidos. Lo mismo ocurre con evitar las explicaciones facilistas, que eluden la complejidad de los fenómenos históricos. La clave maniquea, tan provechosa para contar un drama –Montescos y Capuletos– es de rápida comprensión e interpela al sentido común pero en general es poco útil para entender el pasado. La lógica buenos vs. malos puede servir en algún caso pero suele ocultar más de lo que ilustra. Obviamente, el otro extremo, relativista, tampoco aporta. Aquí jugarán, claro está, concepciones políticas de cada uno pero considero que una divulgación eficaz debe conservar el cuidado en el abordaje que suele tener la producción académica. Y esto es extensible a los juicios de valor sobre hechos y personajes pasados. No está para nada mal opinar sobre ellos, evidentemente, pero entre los posibles receptores hay muchos adoradores de hagiografías y estigmatizaciones que buscan sentencias inapelables sobre un proceso, un hecho o un individuo. Y mi propuesta es evitar eso, complejizar la valoración aún cuando uno tenga una posición personal clara al respecto. Un buen ejemplo es la figura de Hipólito Yrigoyen. ¿Puede considerarse a su primer gobierno más positivo para una parte de la sociedad que sus antecedentes conservadores? Sí, y producto de elecciones legítimas, lo cual fue un cambio notable (de hecho las transformaciones le valieron la oposición dura de la derecha elitista). Al mismo tiempo, en su presidencia tuvieron lugar las mayores masacres de trabajadores bajo gobiernos civiles, la Semana Trágica y los episodios de la Patagonia, de las cuales él fue, por su papel de primer mandatario, responsable. Ante la pregunta ¿Yrigoyen fue bueno o fue malo? se puede tomar el camino de tratar de complejizarla pero finalmente habrá que responder (decir “es más complejo” no me parece una respuesta provechosa si no es seguida por una breve explicación de esa complejidad). Pero si no se expone todo lo antedicho y sólo se lo condena por la represión o sólo se lo celebra por la superación del régimen conservador se corre el gran riesgo de no permitir la comprensión de Yrigoyen y su época. Y desde mi punto de vista estamos, sobre todo, para entender, interpretar y ayudar a conocer el pasado.

La divulgación tiene que lidiar con un aspecto que quizás sea más marcado en historia que para cualquier otra disciplina: el hecho de que –en particular con historia argentina– quien recibe lo que se transmite tiene algunas ideas previas sobre la cuestión. Esto varía mucho, pero hay en la sociedad una mirada sobre la historia y creo necesario dialogar con ella. Dialogar implica evitar la tentación de la extirpación inmediata, de la imposición de la “verdadera” explicación, y también eludir la desmotivación y la mirada decadentista que a veces se hace presente entre los académicos cuando perciben que discursos simplistas se articulan más fácilmente y más rápido con el sentido común. Si partimos de la base de que esos saberes generales no son incorrectos, sino construidos históricamente, podemos trabajar con ellos respetando al lector-espectador-oyente y así, tal vez, lograr que éste lea-vea-escuche lo que queremos transmitir.

Sugiero que no es conveniente brindar las explicaciones como totales y definitivas, del modo que se denomina popularmente “bajada de línea”. Creo más ventajoso dar información que por supuesto estará marcada por el punto de vista que adopte el divulgador pero permitiendo que sea el lector-espectador-oyente quien saque las conclusiones finales, o por lo menos dejar un espacio para ellas, más que decirle que hay una única manera de entender el evento histórico del cual se está hablando.

Un problema ligado a esto es la cuestión de la demanda. Mis reflexiones parten de una mirada de un centro, los académicos y su criterio, hacia fuera. Ahora bien, a veces los temas a divulgar son pedidos por los medios, otras son elegidas por los divulgadores, pero pocas veces es el público el que elige. ¿Qué les interesa a aquellos a quienes queremos interpelar? Seguramente temáticas muy variadas. Establecer canales de diálogo con los receptores no es sencillo pero puede ser provechoso. Se me ocurre que en la radio ese diálogo puede ser más accesible que en otros medios, pero debería ser siempre un horizonte a tener en cuenta. Lo mismo ocurre con buscar formas –por ejemplo vía internet– para recibir devoluciones de lo realizado, que sin duda es de una utilidad inmensa para mejorar la tarea.

Una divulgación proveniente de la producción académica va a disputar un lugar dentro de discursos históricos existentes, sobre todo en lo referente a historia argentina. Frente a ellos puede buscarse construir otro discurso, realizar un esfuerzo por reescribir, con otros personajes, otros eventos, otras periodizaciones.<sup>7</sup> Una tarea de esa envergadura corre el riesgo de emprender una empresa titánica, demasiado grande para las posibilidades de un grupo, aunque es indudable que el sólo hecho de afrontarla no es infructuoso. Otra alternativa es lanzarse a desmitificar –muchos académicos se han encargado de hacerlo– y tratar de mostrar que las creencias habituales son “falsas” o míticas. El problema es que una operación de ese tipo debería ser seguida de algún discurso propositivo, de una nueva mirada; desmitificar *per se* puede tener alguna utilidad pero no demasiada. Mi propuesta es por un lado añadir nuevos temas y nuevas figuras pero también disputar dentro de la narrativa nacional y discutir el sentido de los mitos nacionales, más que intentar eliminarlos. Las comunidades cuentan con mitos y héroes, está más allá de nuestras fuerzas y no nos conviene ignorarlo. ¿Cómo ir en contra de la Revolución de Mayo o de San Martín? ¿Y para qué? Abandonarlos es dejárselos a los sectores más reaccionarios. Y no es lo mismo presentar a San Martín como un militar patriota que como un líder revolucionario; ambas cosas son ciertas pero tienen implicaciones diferentes (en todo caso, para evitar idealizaciones, es mejor mostrar ambas caras y todas las otras que puedan presentarse). Además, como demostró el Bicentenario, estos mitos no viven sólo en el discurso del Estado y algunos de ellos ni siquiera surgieron por su impulso (tal vez el caso más claro sea el de Malvinas, que le debe más a José Hernández, a Paul Groussac, a Alfredo Palacios, a los hermanos Irazusta y sobre todo al nacionalismo de la sociedad civil que a un esfuerzo estatal). Hay por cierto fechas como el Día de la Raza que son demasiado delicadas y puede pensarse en desmontarlas de a poco (dado que tal vez no alcance como cambiarle el nombre, como se hizo en 2009 por “Día del respeto a la diversidad cultural”). Y también es verdad que existe el riesgo de crear nuevas mitificaciones poco provechosas, como la

---

<sup>7</sup> Pienso en la propuesta de *Historia Vulgar* de reemplazar a la “historia de la Nación” por una “historia del país” tomada como un “contradiscurso insurgente”, *En boca de todos*, cit., p. 10.



idealización del mundo prehispánico de los pueblos originarios o el esencialismo latinoamericanista “a la Galeano”. Los peligros son varios, pero me parece que el esfuerzo vale la pena. Es necesario desplazar a los mitos clásicos de su eje, debatirlos, devolverlos a la historia.

#### 4. Ficciones

“Evocar el pasado requiere arte tanto como información”.<sup>8</sup> La afirmación de Hayden White apunta a un tema central que fue central para la historiografía de hace unas décadas: la discusión epistemológica sobre la posibilidad de acceder al pasado, de conocerlo, de llegar a la verdad; un debate al que no voy a referirme aquí.<sup>9</sup> Me interesa en cambio tomar otra deriva: la utilidad de la ficción para la divulgación, donde es muy bienvenida la combinación de arte e información. ¿Pueden una novela, un cuento o una película ser medios adecuados para transmitir contenidos históricos? La respuesta es afirmativa. Si los criterios disciplinares no permiten esa posibilidad en el mundo académico, la divulgación puede beneficiarse de su potencialidad (su utilidad en la enseñanza ha sido también destacada por la didáctica de la historia).

Tomemos por caso la película *Tierra y Libertad* (1995) de Ken Loach, basada en *Homenaje a Cataluña* (1938), libro de George Orwell sobre su experiencia en la Guerra Civil Española. Promediando el film hay un momento en el que los milicianos del POUM y los campesinos de un pequeño pueblo discuten la posible colectivización de las tierras. La escena es fascinante, porque si bien en toda la película el director muestra claramente cuáles son sus preferencias ideológicas –se inclina por el sector más radicalizado– aquí reconstruye con rigurosidad y sin desacreditar la posición con la que no acuerda una discusión central en la izquierda revolucionaria de la época: ¿cómo dividir la tierra? ¿Primero había que hacer la revolución o lo más importante era ganar la guerra contra la derecha y lo demás vendría después? ¿Cumplir un objetivo programático o ser pragmáticos? Es una escena, me animo a decir, perfecta, y es también más útil que muchos textos para explicar esa problemática a un público que se acerca al tema por primera vez. Por lo tanto, es muy adecuada para la divulgación

---

<sup>8</sup> Hayden White, “Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica”, en su libro homónimo, Buenos Aires, Prometeo, 2010, p. 172.

<sup>9</sup> Quisiera sostener, sin embargo, que sería saludable para el campo historiográfico argentino retomarlo y no simplemente ignorarlo, como ocurre habitualmente. Han habido estudios sobre el “giro lingüístico” y temas aledaños, pero suelen circunscribirse a los investigadores que se dedican a historia intelectual, a historiografía y a cuestiones de filosofía de la historia; véanse por ejemplo Elías Palti, *Giro lingüístico e historia intelectual*, Universidad de Quilmes, 1998, o en el n° 3 de esta misma revista (2006) el artículo de Nicolás Lavagnino, “Narrativismo, historiografía y después. La nueva filosofía de la historia y el límite de la comprensión histórica”. En cambio, quienes se dedican a otros tipos de historiografía suelen (solemos) aceptar las convenciones del campo y eludir ese terreno escabroso. Pero ignorar estos debates con suficiencia y sin abordarlos por “posmodernos” –término que se utiliza con frecuencia como descripción peyorativa– no le hace bien a nuestra práctica.

histórica. No narra algo verdadero, esa reunión concreta no existió, pero sí tuvieron lugar otras similares. Es entonces verosímil y por lo tanto legítima.<sup>10</sup>

Lo mismo ocurre con novelas clásicas como *Yo Claudio* (1934) de Robert Graves u *Opus Nigrum* (1968) de Marguerite Yourcenar, que incluso han sido utilizadas como bibliografía universitaria en otros países. Para Latinoamérica, una novela como la magistral *El siglo de las luces* de Alejo Carpentier, por usar un ejemplo destacado, puede tener una enorme utilidad. Fruto de una investigación profunda, explica los rasgos del período que corre entre 1790 y 1808 en el Caribe, en Francia y en España, con contundencia y belleza. Victor Hugues, el personaje central, es una figura histórica que efectivamente gobernó la isla de Guadalupe entre 1794 y 1798, derrotó allí a los británicos, abolió a la esclavitud, y fue años más tarde responsable del restablecimiento de la esclavitud en la Guayana Francesa.<sup>11</sup> Las escenas del libro que describen La Habana colonial, la percepción de la rebelión haitiana, la París revolucionaria, los sucesos de Guadalupe y la Madrid antinapoleónica son excelentes piezas históricas. La imagen de la guillotina en la cubierta del barco en marcha hacia el Caribe con la que comienza el libro es muy potente para marcar el signo de los tiempos. ¿Es verdadera? Tal vez, tal vez no, pero es verosímil; no apta para las convenciones del mundo académico mas adecuada para el de la divulgación. La novela es, en suma, un libro de historia sin pretensiones académicas pero de gran calidad.<sup>12</sup> Y puede ser usado para conocer el período. En Argentina hay también varios textos con potencia similar: el brillante cuento de Ricardo Piglia sobre las razones del asesinato de Urquiza, “Las actas del juicio”, es uno de los ejemplos más notables.<sup>13</sup>

---

<sup>10</sup> Aunque no se ocupa de esta película, la defensa de lo verosímil en el cine histórico es central en Robert Rosenstone, *El pasado en imágenes. El desafío del cine a nuestra idea de la historia*, Barcelona, Ariel, 1997.

<sup>11</sup> Un completo estudio sobre Victor Hugues y la rebelión de los esclavos de Guadeloupe en Laurent Dubois, *A Colony of Citizens: Revolution & Slave Emancipation in the French Caribbean, 1787-1804*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2004.

<sup>12</sup> Muchas veces se analiza *El siglo de las luces* como una mirada sobre la Revolución Cubana, es decir como una novela que habla de su contexto (además, el asma de otro protagonista, Esteban, hace que enseguida se piense en Ernesto Che Guevara). De hecho fue escrita en Cuba y aunque la base del texto estaba lista en 1958 no se publicó hasta 1962, con modificaciones, e indudablemente refiere a ese suceso que tanto impresionó a Latinoamérica; en esa clave fue leída la novela, que tuvo mucha repercusión. Pero el peso de su contexto no anula su fuerza como texto histórico, del mismo modo que no lo hace con un magnífico libro –considerado “de historia”– sobre la revolución haitiana, *Los jacobinos negros*, en cuya reedición de 1963 el autor –C.L.R. James– trazaba una línea entre Toussaint L’Ouverture y Fidel Castro: *El siglo de las luces* no es sólo una fuente para pensar la historia intelectual y literaria de los años 60 latinoamericanos, no es sólo una reflexión sobre la revolución como problema, incluyendo a la Revolución Cubana; es al mismo tiempo una mirada sobre la Revolución Francesa como corolario de las distintas caras de las “luces” –el barco que porta una guillotina y una imprenta– y sobre su influencia. Para el impacto de *El siglo de las luces* en su época y algunos de los debates que generó véase Pablo Rocca, *Ángel Rama, Emir Rodríguez Monegal y el Brasil: dos caras de un proyecto latinoamericano*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2006. Sobre el campo intelectual del período y el tema de la revolución véase Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

<sup>13</sup> Por supuesto, también la poesía aporta lo suyo, desde el genial “Poema conjetural” (1943) de Borges sobre la muerte de Narciso Laprida hasta obras recientes como la canción del uruguayo Fernando Cabrera “Décimas de prueba” (2002), en la que hace una síntesis admirable de las principales figuras decimonónicas de su país: “Lavalleja es calentón / Rivera es gaucho compadre / tal vez Oribe no cuadre /

Creo que es factible aprender de allí que la narrativa de ficción es válida para la divulgación histórica y que puede proporcionar algo invaluable a un campo que lo necesita: un atractivo mayor que otras formas de contar historia. Por supuesto que muchas novelas y películas históricas no tienen ninguna utilidad porque la historia en ellas es simple escenario, pura ambientación, de una trama concebida en términos actuales; sería bueno escoger solamente aquellas obras que trabajan como textos de historia. Pero mi propuesta principal no es sólo seleccionar ese material sino animarse a emplear recursos de ficción desde el campo historiográfico. Por supuesto que es una cuestión delicada e implica mucha responsabilidad profesional, pero el riesgo vale la pena. Aclaro, no considero que toda la divulgación tenga que ser canalizada a partir de recursos ficcionales ni muchísimo menos, sino que éstos pueden ser una alternativa en ciertas ocasiones.

Tuve la oportunidad de incursionar en recursos de ficción para abordar el pasado en dos experiencias realizadas en equipo de las que participé en 2010 y que tuvieron buenas respuestas de muchos espectadores (ambas en Canal Encuentro): el dibujo animado *La asombrosa excursión de Zamba en el Cabildo*, que procuraba explicar a los chicos lo ocurrido en los días de Mayo de 1810 –aunque tuvo también un público adulto– a través del viaje al pasado de un niño formoseño, y dos capítulos sobre esclavitud rioplatense de un ciclo llamado *Bajo Pueblo*. En éstos se redactó un diario apócrifo de alguien que fue capturado en África para ser vendido como esclavo en Buenos Aires, participó como soldado en el Ejército de los Andes y volvió como un hombre libre a la ciudad. La construcción se basa en verosímiles: si bien no se han hallado escritos de afrodescendientes en la Buenos Aires de esa época sí los hay en Montevideo;<sup>14</sup> los datos que integran la biografía del personaje fueron extraídos de bibliografía académica y de documentos de policía, de juicios y de solicitudes a gobiernos. Esa vida no existió pero está compuesta de fragmentos de vidas que sí lo hicieron. Además, una operación de este tipo permite darle entidad individual a alguien que no pertenece a una elite, a una clase dominante. El personaje que inventamos, Agustín Peralta su nombre, puede así ser visto –con la debida aclaración para evitar malos entendidos– en el mismo plano que un San Martín o un Belgrano, como un protagonista, aunque su “biografía” sea el resultado de retazos aprehensibles de otras. Con ello es posible no tratar a las clases populares solamente como masa, como multitud, para poder contar sus experiencias con otra cercanía y en otra escala, evitando que se las presente exclusivamente como grupos anónimos y en función de alguna “gesta”. He ahí otro aporte de la ficción.

Por lo tanto, como ha señalado Carlo Ginzburg en diversas ocasiones, leer literatura y ver cine parecen actividades muy ricas para la práctica de los historiadores. Agregaría que esto me parece especialmente cierto para la divulgación, tanto porque proporcionan material concreto como porque inspiran formas de acción. Y no debe sorprendernos: es probable que muchos de los que investigamos historia hayamos

---

mas parece un buen Borbón / Venancio Flores matón / fue con Berro al cementerio / por qué la historia es misterio / te pido que me lo digas / un padre santo fue Artigas / una ilusión su criterio”.

<sup>14</sup> Véase Jacinto William Acree y Alex Borucki, *Jacinto Ventura de Molina y los caminos de la escritura negra en el Río de la Plata*, Montevideo, Linardi y Risso, 2008.

encontrando en novelas, películas e historietas el primer impulso para dedicarnos a la profesión. ¿Por qué no tratar entonces de usar la ficción profesionalmente, si ya conocemos perfectamente cuán elocuente y estimulante puede ser? Es difícil, sin duda, pero puede servir mucho. Quien escribe este ensayo debe gran parte de su pasión por la historia tanto a las obras de Dumas y Salgari como a *Asterix* y a la pluma de Robin Wood, sobre todo a sus *Nippur de Lagash* y *Dago*. Podemos volver a esos referentes que nos hablaban de historia cuando no teníamos ninguna idea al respecto para pensar cómo transmitir nuestro saber profesional a los que no se dedican a esto, que es quizás para quienes tiene más sentido hablar. ¿Por qué no seguir la senda de Wolf, el lobo?